
Los arquetipos de la Europa y la España ilustradas: la lectura de Diego de Saavedra entre los *novatores*¹

Dámaris Montes Pérez

Durante el siglo XVIII la cultura hispánica parece no haber conseguido articularse con los arquetipos culturales dominantes de la Europa ilustrada. Mientras la Revolución Científica, producto en gran parte del redescubrimiento de la ciencia de la Grecia helenística, termina con la tradición escolástica y frente a autoridades como Aristóteles impone una ciencia basada en la experiencia y la razón, en España, el pensamiento filosófico entra en decadencia de igual modo que la medicina sigue subyugada al galenismo averroísta y las bases del paradigma científico todavía son las de la filosofía aristotélica. Asimismo, el desarrollo de la historia crítica en la Europa moderna permitirá a los estudiosos diferenciar entre aquellos documentos que son verídicos de aquellos que no lo son; la religión entra en crisis propiciando que el pueblo pueda desarraigarse de antiguos ritos y creencias que no tienen cabida en un continente donde también se empieza a luchar por la autonomía del poder político, ahora vinculando la

¹ Este estudio se inscribe dentro del Proyecto de Investigación FFI- 2011- 22929 (“Diego de Saavedra Fajardo y las corrientes intelectuales y literarias del Humanismo”) del Ministerio de Educación.

autoridad al pueblo y no a la iglesia o la religión. Esta nueva mentalidad europea —o lo que es lo mismo— estos nuevos ideales ilustrados de carácter científico, filosófico, religioso y social sobre los que se alza el mundo moderno y a los que también nos referimos como arquetipos culturales, hasta la segunda mitad del siglo XVIII, tienen escasa repercusión en España. En este sentido, y coincidiendo con lo dicho por Francisco Sánchez-Blanco a propósito de la situación de la España de la época, podríamos determinar que «entre la muerte de Pedro Calderón de la Barca en 1687 y la aparición del primer tomo del *Teatro Crítico* de Benito Jerónimo Feijoo en 1726, la vida cultural española discurre en un letargo espiritual apenas interrumpido por la actividad de algunos cenáculos literarios en casas particulares de aristócratas y médicos»². Ya a partir finales del siglo XVII, desde Europa, se concibe a España como a una nación situada en las antípodas de la modernidad; un país incapaz de asimilar los ideales propios del período ilustrado y que todavía no ha conseguido establecer puentes de contacto entre la nueva ciencia y la religión cuando, un siglo antes, ya lo habían logrado naciones como Holanda e Inglaterra. Pero es «precisamente en ese periodo de casi total desmayo de la vida cultural española»³ cuando una pequeña élite de intelectuales a los que se les conocerá bajo el nombre de *novatores* se encargan de difundir aquellas obras de los mejores escritores y pensadores españoles en las que se reflejan los arquetipos culturales que imperan en la Europa moderna. De esta manera, personajes tan ilustres como Gregorio Mayans y Martín Martínez ven en Diego de Saavedra Fajardo al principal escritor y filósofo escéptico del momento y su *República Literaria* contribuirá, en gran medida, a salvar a España del continuo desdén europeo que padecía.

² F.S.B. Paroy, *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, Madrid, Alianza editorial, 1991, p. 17.

³ *ibid.*, p. 17.

Los *novatores* y don Gregorio Mayans y Siscar

Al decir de Antonio Mestre, los *novatores* fueron

[...] un grupo de españoles que se enfrentaron con vigor y método a la nueva ciencia, analizando cuanto ocurría en su entorno europeo y que estudiaban su pasado. Eran gente abierta a las nuevas ideas y que se esforzaban por comprender el mundo de la ciencia moderna basada en la experimentación⁴.

El sustantivo «*novatores* aparece por primera vez en 1714, cuando P. Francisco Palanco, teólogo tomista, incluyó en su curso filosófico un apéndice cuyo título es muy expresivo: *Dialogus pyhsico-theologicus contra philosophiae novatores, sive thomista contra atomistas*. Con esto, planteaba el carácter “peligroso” de los defensores de la ciencia moderna en el campo de la ortodoxia católica al oponerse al tomismo. Y es que la ruptura con la filosofía aristotélico-tomista implicaba, según su criterio, un peligro para la religión católica»⁵. La reacción del teólogo reafirma la idea de que en la España de la segunda mitad del siglo XVII existe una minoría de intelectuales que luchan por introducir en el país los avances científicos y culturales que se gestan en el resto de Europa, entroncándolos con una nación que ha perdido la Academia de Matemáticas de Madrid, así como la Casa de Contratación de Sevilla (centro de enseñanzas náuticas, astronómicas y matemáticas) y donde el número de alumnos matriculados en sus tres universidades principales (Salamanca, Alcalá y Valladolid) ha caído vertiginosamente⁶. A manos de los *novatores* queda la ardua tarea de regenerar todo el paradigma cultural español, reuniéndose en tertulias como la que agrupará en Valencia en casa del conocido matemático Baltasar Íñigo

⁴ A. Mestre Sanchis, *Mayans: proyectos y frustraciones*, Valencia, Publicaciones del ayuntamiento de Oliva 32, 2003, pp.30-31.

⁵ A. Mestre Sanchis, *Mayans: proyectos y frustraciones*, op. cit., p. 33.

⁶ J. Magallón Pérez, *Construyendo la modernidad: la cultura española en el tiempo de los novatores (1675-1725)*, Madrid, Consejo superior de investigaciones científicas. Instituto de la lengua española, 2002, p. 112.

a Tomás Vicente Toscano, Juan Bautista Corachán y al deán de Alicante Manuel Martí, uno de los personajes principales de la época y amigo y maestro de don Gregorio Mayans y Siscar que, junto a Benito Gerónimo Feijoo⁷, fue el mayor representante de la Ilustración española. El contacto que mantuvo el joven Mayans con los *novatores*, ante todo el grupo valenciano, le permitió acceder al conocimiento de la ciencia moderna, de igual modo que debido a su amistad con el deán de Alicante descubrió el universo de la historia crítica y de la filología científica. Todo esto junto a su infatigable interés por la jurisprudencia hicieron que el valenciano superara con creces el escolasticismo que imperaba en la España del momento.

Por otra parte, uno de los aspectos más admirables de la figura de Mayans, ahora en relación con el campo de las letras, fue que sin recibir influjo directo de sus colegas ilustrados y a diferencia de muchos otros intelectuales del momento se propuso revivir el legado de la cultura hispana, eso sí, nutriéndose siempre de las nuevas líneas del pensamiento de una Europa moderna donde predominaba el estilo literario clasicista que nada tenía que ver con la literatura “barroca” española, que nuestro ilustrado acabó censurando con extrema dureza. Esto condujo a algunos pensadores como Mayans a diseñar un ambicioso programa que implicase un importante cambio, ya no sólo en el ámbito cultural, sino más concretamente en la literatura nacional. Para ello, y ocupándose de la producción en prosa, nuestro erudito anduvo siempre a la búsqueda de las grandes obras españolas del momento, escritas de la mano de los mejores creadores literarios como a su juicio lo era don Diego de Saavedra Fajardo, «uno de los maestros»,

⁷ Recuérdese que el beneditino fue uno de los primeros eruditos que intervino a favor de los *novatores* – y por lo tanto de la ciencia y de los ideales modernos –, especialmente en lo referente al campo físico-matemático. Prueba de ello es ante todo su defensa de la *Medicina Escéptica* que como veremos a continuación publica el médico Martín Martínez en 1722 y que sería atacada tres años después por López de Araujo en su *Centinela médico-aristotélica contra escépticos* (1725). Feijoo destacó ante todo por su empeño en mantener el equilibrio entre la religiosidad y la ciencia experimental a la vez que intentó que se aceptasen en España los arquetipos culturales y sociales imperantes en la Europa del momento. (Vid. A. Mestre Sanchis, *La Ilustración Española*, Madrid, Arco Libros, 1998, pp. 25-30.)

según Gregorio Mayans, «(...) en quien poder observar la propiedad i grandeza de la lengua castellana». El joven valenciano reconoció en el escritor murciano un estilo prosístico que no solo brillaba «por el exterior artificio, como piedra falsa», sino que careciendo de cualquier tipo de «afectación» y «oscuridad» era digno de admirar por su brevedad, es decir, por ser una prosa «clara», «pura» y «limpia»⁸. Mayans admitía que «las lenguas europeas [habían] llegado ya a perfeccionarse tanto que gloriosamente [competían] con los antiguos idiomas, latino y griego». Se dolía, sin embargo, de que nuestra «lengua española [...] [hubiese] degenerado tanto» e insistía en que «no hay que caer en afectados delirios», ni hablar de «manera que lo entiendan pocos», sino que, por el contrario, se debe abogar por el uso de «las palabras comunes, aunque no vulgares, propiamente aplicadas», formando un «juicioso y agradable estilo» ya que aquellas «obras escritas con afectación y publicadas cien años ha apenas se halla [...] quien quiera leerlas, cuando las de los hombres elocuentes del mismo tiempo con diligencia se buscan, con mucho gusto se leen y con veneración se alaban»⁹. A raíz de los estudios de Mayans sobre Saavedra, de la publicación desde 1725 hasta 1772, en cinco ediciones, de su *Oración en alabanza a las obras de don Diego de Saavedra Fajardo* y, también, de las publicaciones que hizo el valenciano de la *República Literaria*, en este caso, desde 1730 hasta 1772, los ilustrados verán a nuestro diplomático español no únicamente como a uno de los mejores escritores del momento sino, también, como al mejor pensador de la época y hallarán en su obra un claro reflejo de los arquetipos culturales de la Europa clasicista y del siglo ilustrado y escéptico.

⁸ G. Mayans i Siscar, *Oración en alabanza de las obras de don Diego de Saavedra Fajardo* (1725) in G. Mayans i Siscar, *Obras completas II literatura*, (Ed. Antonio Mestre Sanchis), *op.cit.*, pp. 537-541.

⁹ G. Mayans, *Oración que exhorta a seguir la verdadera idea de la elocuencia española* (1727) in J. C. Beltrán, *Pensamiento literario del siglo XVIII español*, Madrid, Consejo superior de investigaciones científicas. Instituto de la lengua española, 2004. pp. 140-141.

Diego de Saavedra Fajardo: la lectura de la *República Literaria* entre los *novatores*

Coincidiendo con el perfil de muchos *novatores* como Juan Caramuel, Nicolás Martínez, el marqués de San Felipe y el deán de Alicante Manuel Martí, Saavedra fue uno de los «españoles más cosmopolitas y probablemente uno de los más conocidos a lo largo de las fronteras europeas»¹⁰. Famoso por sus obras de tema político –*Las Empresas Políticas* (1640-1642), *La Corona Gótica* (1645), las *Locuras de Europa* (1646)– nuestro pensador deberá durante las últimas décadas del siglo XVII gran parte de su éxito a una de sus producciones más conocidas, la segunda redacción de la *República Literaria* (1642). De esta obra se conserva un texto primitivo (ca. 1613-1620) más breve pero también más elaborado que el de esa segunda redacción y cuya atribución a Saavedra ocasionó desde el inicio de su impresión múltiples controversias¹¹. A pesar de esto, en manos de Gregorio Mayans la *República Literaria* se convertirá en la lectura predilecta de los ilustrados y en un clásico de la literatura española.

Recordemos que, como agente diplomático de la corte de Felipe IV, Saavedra pasó gran parte de su vida fuera de España, en Centroeuropa e Italia, en cuyas ciudades principales los temas literarios y artísticos tuvieron una acogida preferente, de igual modo que se discutía con gran libertad sobre cuestiones filosóficas y científicas¹². Lo más probable es que fuese en este ambiente cultural donde Saavedra conoció a algunos de los pensadores más destacados de su época y recibiese el influjo directo de las nuevas corrientes del pensamiento europeo que poco a poco fueron penetrando en la España del momento. Así lo muestra el hecho de que en su segunda redacción de la *República Literaria* hallemos la presencia de las escuelas más importantes de la Grecia Helenística, como lo fueron la

¹⁰ D. Saavedra Fajardo, *República Literaria*, (Ed. de Jorge García López), Barcelona, Crítica, 2006, p. 10.

¹¹ *ibid.*, pp. 96-199.

¹² F.S.B Paroy, *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*, *op.cit.*, p. 24.

Academia Media y la de los escépticos pirrónicos. Algo significativo si consideramos que a finales del siglo XVI los estudiosos muestran tener especial interés por el conocimiento del escepticismo antiguo y de sus principales escuelas filosóficas:

A las corrientes de una fuente estaban Sócrates, Platón, Clitómaco, Carnéades y otros muchos filósofos académicos, siempre dudosos en las cosas, sin afirmar alguna por cierta, solamente a fuerza de razones y argumentos procuraban inclinar el entendimiento y que una opinión fuese más probable que otra.

Poco más adelante estaban los filósofos escépticos Pirrón, Zenócrates y Anarjarcas, gente que con mayor certidumbre y miedo lo dudaba todo, sin afirmar ni negar nada, encogiéndose de hombros a cualquier pregunta, dando a entender que nada se podía saber afirmativamente¹³.

Téngase en cuenta que al hablar de escepticismo, como recuerda Richard Popkin, no nos referimos al escepticismo moderno, es decir, a una serie de dudas sobre los dogmas fundamentales de la tradición religiosa ortodoxa, sino que se trata de una visión filosófica, cuyos orígenes se remontan al antiguo pensamiento griego y que plantea dudas acerca de la pertinencia de la percepción sensible y lo adecuado o fidedigno de las pruebas que puedan ofrecerse para justificar una proposición¹⁴. El escepticismo del siglo XVII está dirigido contra la filosofía natural de Aristóteles, de manera que para un escéptico, sea de la tradición que sea, académica o pirrónica, la información que se obtiene a través de la percepción sensible puede ser engañosa y, por lo tanto, nunca nos ayudará a alcanzar el auténtico conocimiento. Esta visión filosófica, propia del mundo helenístico, renace a finales del siglo XVI tras el descubrimiento de los textos de Sexto Empírico, publicados por primera vez, en lengua latina, por Henri Estienne en la ciudad de París del 1562. Las ideas del escepticismo tuvieron tal repercusión sobre

¹³ D. Saavedra Fajardo, *República Literaria*, (Ed. de Jorge García López), *op. cit.*, pp. 232- 233.

¹⁴ R. H. Popkin, *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*, México, Fondo de cultura económica, 1983, p. 17.

los problemas del momento que acabó por desarrollarse lo que conocemos como crisis pirrónica o escéptica. Esta dominó el paradigma cultural europeo influyendo, no únicamente en el campo de las ciencias, sino, también, en muchos otros ámbitos del saber y no se superará, en gran medida, hasta la llegada de René Descartes, quien en su lucha por fundamentar sobre bases sólidas el conocimiento conseguirá establecer un criterio de verdad claro y distinto. El resurgimiento del escepticismo significó un golpe decisivo contra la especulación escolástica y el aristotelismo. Ni la medicina de Galeno, ni la filosofía natural de Aristóteles tenían cabida en una Europa ilustrada donde, frente al conocimiento dogmático y al argumento de autoridad, la razón, la observación y la experiencia se imponían como base en la que debía fundamentarse cualquier tipo de desarrollo científico. En este sentido, no es de extrañar que, en España, «la primera labor de los novatores consistiera en una crítica —frontal o lateral— de los marcos de pensamiento dominantes, una crítica que tenía brillantes precedentes españoles como (Vives, Francisco Sánchez [...])» y que halló una de sus mejores defensas en Martín Martínez, quien creía que la duda podía transformarse en conocimiento aunque no por medio de la razón, sino de la experiencia, es decir, de la constatación empírica¹⁵.

Martín Martínez y su elogio a Saavedra

Igual que muchos otros *novatores* y, más concretamente, como Gregorio Mayans, Martín Martínez también luchó por la regeneración de la cultura española y en su empeño por salvar a España de las continuas críticas que padecía vio en la *República Literaria* una de las obras cuyo espíritu crítico y escéptico se adaptaba sin problemas a los ideales de la Europa moderna. El interés que despertó Saavedra en Martínez se explica en buena medida por el hecho de que su

¹⁵ J. Magallón Pérez, *Construyendo la modernidad: la cultura española en el tiempo de los novatores (1675-1725)*, *op. cit.*, pp. 162- 163.

pensamiento filosófico y médico siempre estuvo muy ligado al escepticismo. Prueba de ello son dos de sus producciones fundamentales, la *Medicina escéptica* (1722- 1725) y su *Filosofía escéptica* (1730). Esta última es una obra de física experimental constituida por once diálogos, cuyos protagonistas, un aristotélico, un cartesiano, un gasendista y un escéptico simbolizan las actitudes filosóficas de la época. En el primero de estos diálogos, Martínez realiza una original interpretación de la historia de la filosofía e incluye en ella a los principales pensadores, tanto de la época antigua como moderna; nos presenta, también, a Platón como a un filósofo escéptico y arremete contra toda la ciencia aristotélica que, para nuestro pensador, no es más que un «diccionario de términos vagos y confusos, ineptos para explicar sensiblemente los efectos de la naturaleza». Como el resto de los *novatores*, Martínez se duele de que en las universidades se acredite el método aristotélico acerca del cual dice que «derivó esa filosofía contenciosa, y vociferante, [a la] que [llaman] *Escolástica*». Para nuestro pensador, y coincidiendo con la concepción científica de muchos otros intelectuales, el aristotelismo no era «conducente para las ciencias Físicas» ya que estas no contemplaban «a los Entes como universales [...] sino como corpóreos y analíticamente divisibles», inquiriendo, así, en «las verdaderas causas, y principios sensibles de las cosas». Fue Aristóteles «feliz tirano de los entendimientos» quien tocando «la ruina» y arguyendo «contra las opiniones de sus hermanos los filósofos» sepultó «en el olvido las obras y nombre de sus predecesores los sabios» y logró «introducirse y subyugar todas las escuelas de Europa»¹⁶.

La obra de Martín Martínez actúa como el testimonio de toda un época en la que «Aristóteles [...] se recorta fundamentalmente como icono en que se

¹⁶ M. Martínez, *Filosofía escéptica, extracto de la física antigua y moderna, recopilada en diálogos, entre un aristotélico, cartesiano, gasendista, y escéptico, para instrucción de la curiosidad española* (segunda impresión), Madrid, 1730. En: <http://www.filosofia.org/aut/mma/1750phsc.htm> , consultado el 03-10-2013.

sintetiza toda *autoridad*, icono que los novatores quieren relativizar o derivar»¹⁷, reduciendo también «las disputas escolásticas [...] a ser cuestioncillas absurdas, meras logomaquias, [...] una versión intelectualizada de los peores rasgos del culteranismo»¹⁸. Nos hallamos ante un contexto en el que España se encuentra en pleno proceso de renovación cultural y científica; razón por la cual muchos eruditos como Martín Martínez —cuyo interés principal es el de la asimilación de los nuevos arquetipos culturales del mundo moderno en la sociedad y en las universidades españolas— subrayan en sus escritos la importancia que han tenido dentro de esta revolución intelectual los grandes pensadores de toda Europa. De ahí que no olviden incluir en sus extensos inventarios de títulos de obras famosas y de nombres de los más ilustres personajes a los escritores y pensadores más destacados del Renacimiento y la Ilustración española. A este propósito, el médico español hace honor a Galileo Galilei, «famoso Matemático y Físico de Florencia»; cita a intelectuales como René Descartes, cuyo «sistema mecánico» seguían «casi todos los modernos franceses»; alaba a Gassendi, «maestro de Matemáticas en las Escuelas de París», quien «resucitó los ya olvidados átomos de Demócrito, y Epicuro» y, entre los españoles, nuestro pensador reconoce que el «que vale por muchos es el eruditísimo Don Diego de Saavedra, «al que llama “Carnéades¹⁹ de nuestro siglo”». Sumando este elogio a la figura de Saavedra, que incluye nuestro médico en su *Filosofía Escéptica*, al que ya había realizado Mayans en su *Oración en alabanza de las obras de Don Diego de Saavedra Fajardo* en 1725, reafirmamos la idea de que los ilustrados españoles no sólo concebían al escritor murciano como a uno de los mejores prosistas de su tiempo, «(...) en quien poder observar la propiedad

¹⁷ J. Magallón Pérez, *Construyendo la modernidad: la cultura española en el tiempo de los novatores (1675-1725)*, op. cit., p. 145.

¹⁸ *ibid.*, p. 148.

¹⁹ Aunque los estudiosos apenas cuentan con datos biográficos y bibliográficos acerca de la figura de Carnéades de Cirene (ca. 214 a. C. – ca. 129 a. C.), se cree que probablemente éste fue uno de los más famosos filósofos y oradores de la Gracia helenística que se encargó de la dirección de la Academia Media. (Para más información acerca de la figura de este filósofo griego Vid. M. Lorenza Chiesara, *Historia del Escepticismo Griego*, Madrid, Siruela, 2007, pp. 58-82).

i grandeza de la lengua castellana»²⁰, sino también como al principal pensador y filósofo del Renacimiento y la Ilustración española, conocedor y seguidor de la figura de Carnéades y, por lo tanto, del escepticismo de la Academia Media. Para Saavedra, nuestros sentidos solo pueden «formar opinión y no ciencia; lo único que podemos obtener de las «cosas presentes» «son reflejos y sombras», considerando que el hombre jamás llegará a conocer «aquella naturaleza común de la cual participaban»²¹.

A modo de conclusión

Como hemos visto, gracias al resurgimiento del escepticismo en el siglo XVI los ilustrados tuvieron «un recurso instrumental que les permitió atacar de frente a otras autoridades» que impedían «el ejercicio de la crítica y la consideración de la experiencia y la razón como únicos instrumentos aceptables para la epistemología que tenga en consideración la realidad material que nos rodea»²². En España, los ideales del siglo ilustrado y escéptico, que se manifestaron tanto en el ámbito de la ciencia y las humanidades, penetraron en el país gracias a las batallas que se libraron contra aquellos que defendían las convicciones religiosas frente a la integración de las nuevas líneas del pensamiento moderno. La labor de los *novatores* hizo que el aislamiento cultural en el que vivió España nunca fuese total, ya que el principal deseo de estos estudiosos fue el de regenerar todo el paradigma cultural español por medio, al menos, de dos vías: la primera, a través de la asimilación e integración de la actividad científica y cultural europea en el país y, la segunda, mediante la búsqueda en el propio legado cultural de aquellas obras que creadas por los mejores ingenios españoles fuesen capaces de reflejar y adaptarse a los arquetipos (o ideales) culturales de la Europa moderna, como

²⁰ G. Mayans i Siscar, *Oración en alabanza de las obras de don Diego de Saavedra Fajardo*, *op. cit.*, 537-541.

²¹ D. Saavedra Fajardo, *República Literaria*, (Ed. de Jorge García López), *op. cit.*, p. 234.

²² J. Magallón Pérez, *Construyendo la modernidad: la cultura española en el tiempo de los novatores (1675-1725)*, *op. cit.*, p. 162.

sucedió con la *República Literaria* de Diego de Saavedra Fajardo. En ella, a través del recurso del sueño y del desarrollo de uno de los principales géneros cultos del siglo XVII, la sátira menipea, nuestro escritor murciano realiza «una singular combinación de fantasía, moralidad y reflexión teórica vinculada hacia todo tipo de temáticas de actualidad»²³: por una parte, no falta el elogio a las letras aunque esto no excluye la crítica a la filología característica de los eruditos del siglo XVI y que Saavedra convierte en una «fina y amplia censura del humanismo»²⁴. A través de Demócrito, nuestro autor manifiesta su opinión acerca de la vanidad de las ciencias, las artes y la historia que tanto defiende y honra Heráclito.

Todo es en esta *República* [al decir de Menéndez Pelayo] ameno, risueño y fácil, hasta el espíritu escéptico, o más bien sofístico, de detracción de las ciencias; el cual, en vez de presentarse con el pedantesco aparato de Cornelio Agrippa, o con la demoledora crítica de nuestro médico Sánchez, viene a quedar reducido a un agradable juego de ingenio²⁵.

En sus páginas, se evidencia la presencia de Diógenes Laercio, de Plinio y su *Naturalis Historia*, de Jean Bodin y, ante todo, de Sexto Empírico, cuyas *Hipotiposis Pirrónicas*, como hemos visto, se pusieron tan de moda en el siglo XVII.

La experiencia europea que vivió Saavedra como algunos de los *novatores* en un período en que España sufría un importante retroceso cultural le facilitó entrar en contacto con las novedades de la época y llegar a convertirse en el principal prosista y filósofo escéptico del momento. Para los ilustrados como Martín Martínez y Mayans, quien se honraba «en el glorioso nombre de discípulo suyo»²⁶, la *República literaria* de Saavedra contribuía, en gran medida, a salvar a

²³ D. Saavedra Fajardo, *República Literaria*, (Ed. de Jorge García López), *op. cit.*, p. 15.

²⁴ *ibid.*, p. 19.

²⁵ M. Menéndez Pelayo, «Menéndez Pelayo y la literatura murciana», *Monteagudo*, Monteagudo, universidad de Murcia, 1956 (vol. 16), pp. 4-12.

²⁶ G. Mayans i Siscar, *Oración en alabanza de las obras de don Diego de Saavedra Fajardo (1725)*, *op.cit.*, pp. 537-541.

España del continuo desdén europeo que padecía. Por esta razón, nuestros intelectuales la convirtieron en una obra clásica de la literatura española que pasó a ser, a lo largo de la centuria, una lectura típica (y casi obligada) de los ilustrados españoles. Gregorio Mayans mostró que el estilo prosístico del murciano respondía perfectamente a las exigencias retóricas de la Europa moderna, al tiempo que Martín Martínez lo retrataba como al típico prototipo de pensador científico- filosófico también de la Europa ilustrada y escéptica.